

Ecología oscura

Buscando certezas en un mundo post-verde¹

Por Paul Kingsnorth

www.paulkingsnorth.net

Traducido por Sara Plaza

Revisado por Edgardo Civallero

*Take the only tree that's left,
Stuff it up the hole in your culture.*²

—Leonard Cohen

*Retreat to the desert, and fight.*³

—D. H. Lawrence

El mango, cuya longitud varía de acuerdo a la estatura de quien lo maneja, y en algunos casos está hecho por esa misma persona según sus preferencias, se parece a la mayoría de las otras partes de la herramienta en que tiene un nombre y, por ende, un carácter propio. Yo la llamo *snath*, como la mayor parte de nosotros en el Reino Unido, aunque existen variaciones como *snathe*, *snaithe*, *snead* y *sned* [guadaña]. Sobre el mango van colocadas dos manijas, ajustadas a la altura del segador. En la parte inferior tiene un pequeño orificio, un protector de caucho y una anilla metálica con forma de D con dos cavidades hexagonales. En este pequeño montaje se desliza el *talón* de la hoja.

La delgada medialuna de acero es el punto de apoyo de toda la herramienta. Del género *blade* [hoja/filo] deriva un número de especies en constante evolución, cada una tratando de localizar y colonizar nuevos nichos. Mi colección incluye unas pocas hojas para hierba de distintos estilos —una Luxor, una Profisense, una austriaca, y una nueva y elegante Concari Felice que aún no he estrenado— cuyas longitudes varían entre sesenta y ochenta y cinco centímetros. También tengo una pareja de *ditch blades* (las cuales, a pesar de su nombre, no se usan expresamente para limpiar los márgenes de las acequias o zanjas; son herramientas multiusos, que pueden cortar

¹ El texto original, "Dark Ecology. Searching for truth in a post-green world", fue publicado originalmente en el número de enero/febrero de 2013 de la revista ORION (<http://www.orionmagazine.org/index.php/articles/article/7277>), y ha sido traducido y difundido con permiso expreso del autor.

² Toma el único árbol que queda, / Y úsalo para rellenar el agujero de tu cultura. (N. d. T.)

³ Retirarse al desierto, y luchar. (N. d. T.)

desde hierba fina hasta zarzas enmarañadas), y una *bush blade* [para arbustos o matorrales] que es tan gruesa como una podadera o un podón y puede talar árboles pequeños. Estas son las grandes bestias, las que se pueden ver y oír. Por debajo de ellas, y a su alrededor, se escabullen un montón de inidentificables competidores que intentan hacerse un lugar en el ecosistema de las herramientas.

Por supuesto, ninguna de ellas es de utilidad a menos que esté afilada, verdaderamente afilada: tan afilada que si deslizaras suavemente el dedo por el borde sangrarías. Hay que llevar un par de piedras y usarlas regularmente –cada cinco minutos más o menos– para mantener el borde afilado. Y hace falta saber cómo y cuándo utilizar el yunque y el martillo para picar [*peen*] la guadaña. *Peen* es una palabra de origen escandinavo que originalmente quería decir “golpear hierro con un martillo”, y ese es todavía su significado, aunque el hierro ha sido reemplazado por el acero. Cuando la hoja se embota, después de un tiempo de usarla y afilarla repetidamente, tienes que picarla, sacarle filo golpeándola con precisión, forjándola en frío con un martillo y un pequeño yunque. Es un trabajo difícil y minucioso. Yo llevo años haciéndolo y todavía no lo domino. Probablemente uno nunca lo dominará del todo, como pasa con el resto de cosas. Esa falta de dominio y la promesa de alcanzarlo algún día es parte de la compleja belleza de la herramienta.

La etimología puede ser muy interesante. *Scythe* [guadaña], que originalmente se escribía *sithe*, es una palabra del inglés antiguo, lo que indica que la herramienta ha sido utilizada en estas islas desde hace al menos mil años. Pero la arqueología nos hace retroceder todavía más; se han encontrado guadañas romanas con hojas de casi dos metros de largo. Las herramientas curvas más sencillas para cortar hierba tienen una antigüedad de al menos diez mil años, remontándose hasta el nacimiento de la agricultura y, por lo tanto, de las civilizaciones. Como la herramienta, también el término es muy antiguo. La raíz proto-indoeuropea de *scythe* es la palabra *sek*, que significa “cortar” o “dividir”. *Sek* es también la raíz de *sickle* [hoz], *saw* [sierra], *schism* [cisma, división], *sex* [sexo] y *science* [ciencia].

Recientemente he estado leyendo las obras completas de Theodore Kaczynski. Me preocupa que puedan cambiarme la vida. De vez en cuando algunos libros lo hacen, y este está empezando a perfilarse como uno de ellos.

No es que Kaczynski, un crítico feroz e inflexible del sistema tecno-industrial, esté diciendo algo que no hubiera oído ya. Todo eso lo había escuchado antes, muchas veces. Él mismo admite que sus argumentos no son nuevos. Pero la claridad con la que los expone y su rechazo a complicar las cosas son refrescantes. Parece que atravieso un punto de mi vida en el que estoy abierto a escucharlo otra vez. No sé muy bien por qué.

Estas son algunas de las premisas con las que comienza el libro:

1. El progreso tecnológico nos está llevando al desastre de modo inevitable.

2. Solamente el colapso de la civilización tecnológica moderna puede evitar el desastre.
3. La izquierda política es la primera línea de defensa de la sociedad tecnológica contra la revolución.
4. Lo que hace falta es un nuevo movimiento revolucionario, destinado a acabar con la sociedad tecnológica.

La prosa de Kaczynski es fluida y sus argumentos, lógicos y poco sentimentales, como puede esperarse de un antiguo profesor de matemáticas con un título de Harvard. Yo tengo cierta tendencia al sentimentalismo en temas como este, así es que valoro su disciplina. Por el momento llevo leída la tercera parte del libro, y la manera en la que esos cuatro argumentos se van desgranando resulta preocupantemente convincente. A lo mejor tiene que ver con lo que los científicos denominan “sesgos de confirmación”, pero me cuesta encontrar contra argumentos a algunos de ellos, incluso al último. Y digo “preocupantemente” porque no quiero terminar estando de acuerdo con Kaczynski. Por dos razones.

En primer lugar, si termino estando de acuerdo con él —y con otros críticos a los que he estado explorando últimamente, como Jacques Ellul, D. H. Lawrence, C. S. Lewis e Ivan Illich— voy a tener que cambiar mi vida de forma bastante profunda. No como lo he hecho hasta ahora (deshaciéndome del televisor, no teniendo tarjeta de crédito, evitando teléfonos inteligentes, lectores de libros electrónicos y navegadores satelitales, cultivando parte de mi propia comida, aprendiendo habilidades prácticas, huyendo de la ciudad, etc.), sino de verdad, a fondo. Yo sigo dentro del sistema, al menos en parte, porque no logro averiguar hacia dónde dar el salto, o sobre qué aterrizar, o si uno puede escaparse saltando, o simplemente porque tengo miedo de cerrar los ojos y saltar al vacío.

Escribo esto en mi ordenador portátil, por cierto. Tiene conexión de banda ancha y todo tipo de sofisticaciones que nunca he probado ni querido utilizar. Lo uso sobre todo para escribir. Tal vez pienses que esto me convierte en un hipócrita, y quizás tengas razón, pero podrías hacer una observación más interesante. En esta situación, dice Kaczynski, es en la que nos encontramos todos nosotros, hasta y salvo que decidamos escapar. En su caso, explica, cuando era joven sufrió un colapso psicológico antes de poder liberarse de lo que él ve como sus cadenas. Lo contaba así en una carta de 2003:

Sabía lo que quería: irme y vivir en algún lugar salvaje. Pero no sabía cómo hacerlo... No conocía a una sola persona que hubiera entendido porqué quería hacer algo así. Así es que, en el fondo de mi corazón, estaba convencido de que nunca sería capaz de escapar de la civilización. Dado que encontraba la vida moderna absolutamente inaceptable, cada día me sentía más desesperado hasta que, a los 24, tuve una especie de crisis: me sentía tan desgraciado que no me importaba si vivía o moría. Pero cuando alcancé ese punto se produjo un cambio repentino: me di cuenta de que si no me importaba si vivía o moría, entonces no tenía que temer las consecuencias de nada de lo que pudiera hacer. Así es que podía hacer lo que quisiera. ¡Era libre!

A comienzos de los setenta, Kaczynski se trasladó a una pequeña cabaña en los bosques de Montana, donde trabajó para llevar una vida autosuficiente, sin electricidad, cazando, pescando y cultivando su propia comida. Vivió así durante veinticinco años, intentando, al menos al principio, escapar de la civilización. Pero no le tomó demasiado tiempo darse cuenta de que esa huída, si alguna vez fue posible, no lo es en este momento. Se construyeron más cabañas en sus bosques, se ensancharon las carreteras y los tráileres con troncos zumbaban a su alrededor. Cada año pasaban más aviones por encima de su cabeza. Un día, en agosto de 1983, Kaczynski salió a caminar hacia su rincón natural favorito:

El mejor lugar, para mí, era el mayor vestigio de esta meseta que data de la Era Terciaria. El terreno es medio ondulado, no llano, y al llegar al borde encuentras esos desfiladeros abruptamente interrumpidos por precipicios que semejan acantilados y había incluso una cascada. ... Aquel verano había demasiada gente alrededor de mi cabaña y decidí que necesitaba un poco de tranquilidad. Me dirigí a la meseta y cuando llegué vi que habían construido una carretera justo en medio. ... No puedes imaginarte lo deprimido que me sentí. A partir de ese momento decidí que, en vez de prepararme mejor para subsistir en la naturaleza, haría lo posible por responder al sistema. Venganza.

Puedo identificarme con casi todas esas palabras, incluyendo, algunas veces, la última. Esta es la otra razón por la que no quiero dejarme convencer por la posición de Kaczynski. Ted Kaczynski era conocido por el FBI como el Unabomber, durante los diecisiete años en los que estuvo enviando paquetes bomba desde su choza a quienes consideraba los responsables de promocionar la sociedad tecnológica que él desprecia. En esas casi dos décadas mató a tres personas e hirió a otras veinticuatro. Sus objetivos perdieron ojos y dedos y algunas veces sus vidas. Estuvo a punto de derribar un avión. Al contrario de otros críticos de la tecnosfera, muy ocupados produciendo libros en masa, dando conferencias con regularidad y actualizando sus sitios web anarco-primitivistas, Kaczynski no estaba solo teorizando acerca de ser un revolucionario. Lo decía en serio.

Volvamos a la guadaña. Es una vieja pieza de tecnología; probada y testada, mejorada y afilada, literal y metafóricamente, durante siglos. Es lo que los pensadores verdes de los setenta solían llamar una “tecnología adecuada” –una frase que me encantaría ver resucitada– y lo que el filósofo injustamente olvidado, Ivan Illich, denominaba una “herramienta para la convivencialidad”. La crítica de Illich a la tecnología, como la de Kaczynski, fue en realidad una crítica al poder. Las tecnologías avanzadas, explicaba, creaban dependencia; dejaban las herramientas y los procesos fuera del alcance de los individuos y los colocaban en las manos simbólicas de las compañías. A menudo, el resultado fue la “pobreza modernizada”, en la que los seres humanos, en lugar de poseer y manejar la herramienta, se convirtieron en algo similar a las piezas de una máquina. A cambio de destellos luminosos y motores palpitantes, renunciaron a las cosas que deberían ser más valiosas para el ser humano: La autonomía. La libertad. La soberanía.

Por supuesto, la crítica de Illich no iba dirigida solo a la tecnología. De manera más amplia tenía que ver con la vida social y económica. Hace pocos años escribí un libro titulado *Real England* [La Inglaterra Real] que, de hecho, también trataba de la convivencialidad. En concreto, hablaba de cómo en mi país estaban desapareciendo los modos de vida locales a escala humana, víctimas del avance de la máquina. Las pequeñas tiendas estaban siendo aplastadas por los supermercados, las granjas familiares apartadas del negocio por el mercado agrícola global, los viejos huertos arrancados para la construcción de viviendas, los pubs cerrados por los promotores y las políticas estatales. De lo que el libro terminó ocupándose fue, una vez más, de la autonomía y la soberanía: de lo importante que era que la gente mantuviera el control de sus herramientas y su territorio en lugar de ser un eslabón más de la cadena.

Los críticos del libro lo tildaron de nostálgico y conservador, tal y como hacen con otros libros similares. Confundieron el deseo de autonomía a escala humana, y el de la creatividad, el desorden, la singularidad y el carácter independiente que ésta suele llevar consigo, con el deseo de retroceder a una inexistente “edad dorada”. Es una crítica común, además de perezosa y aburrida. Hoy por hoy, cuando me lanzan ese tipo de pullas, me gusta citar a E. F. Schumacher, quien respondió a la acusación de que era un “excéntrico” [*crank*] diciendo, “una manivela [*crank*] es un mecanismo muy elegante. Es pequeño, fuerte, ligero, consume poca energía y produce revoluciones”.

Pero, siendo honesto, tengo que admitir que los críticos no iban desencaminados en el sentido de que si se quiere vivir a escala humana, indudablemente hay que mirar hacia el pasado. Si hubo una época de autonomía del hombre, me parece que la hemos dejado atrás. Desde luego no la tenemos delante, o no por mucho tiempo; no a menos que cambiemos de rumbo, lo que no damos muestras de querer hacer.

La respuesta de Schumacher nos recuerda que Ivan Illich estaba lejos de ser el único pensador que planteó una crítica a los impactos deshumanizadores de las megatecnologías, tanto en el alma como en el cuerpo humano. [Ahí están, por ejemplo,] el propio E. F. Schumacher, Leopold Kohr, Neil Postman, Jacques Ellul, Lewis Mumford, Kirkpatrick Sale, Jerry Mander y Edward Goldsmith. La lista de quienes cuestionaron el paradigma, todos pensadores y activistas, partidarios de la energía adecuada y las herramientas convivenciales, es muy larga. Durante un tiempo, en los sesenta y los setenta, estuvieron en la cresta de la ola. Luego fueron enterrados por Thatcher y Reagan, por tres décadas de petróleo barato y consumismo. Elogiados como visionarios al principio, al menos por algunos, acabaron siendo ridiculizados como cavernícolas por aquellos que los recordaban. Las bombas tubo de Kaczynski, selladas con madera tallada, conectadas a baterías y ocultas en libros, fueron un intento inútil de prender una revolución a partir de las cenizas de su pensamiento. Como consecuencia, pasará el resto de su vida en la prisión de máxima seguridad de Florence, en Colorado; sin duda uno de los lugares menos convivenciales y más alejados de la escala humana del planeta.

Pero las cosas cambian. Hoy, cuando tres décadas de combustible barato, dinero gratis y concentración económica llegan a su fin de manera estremecedora y definitiva, son Thatcher y Reagan y los gritones y diezmados creyentes en los *think tanks*

Friedmanitas los que están empezando a parecer cavernícolas. Otra ortodoxia está agonizando. Lo que ocurra a partir de ahora es lo que me interesa, y también lo que me preocupa.

Todos los veranos dicto cursos de guadaña en el norte de Inglaterra y en Escocia. Enseño las destrezas que he ido adquiriendo durante los cinco o seis años que llevo usando esta herramienta a gente que nunca la ha utilizado antes. En sentido general, quizás sea una de las cosas más gratificantes que hago, aparte de ser padre (y segar con guadaña es más fácil que ser padre). Escribir también es gratificante, intelectual y a veces emocionalmente, pero físicamente es extenuante y aburrido: horas delante del ordenador o garabateando notas en papel, o leyendo y pensando o intentando pensar.

Segar con una guadaña acalla el parloteo del cerebro por un rato, o al menos el de su parte racional, dejando que solo la parte primitiva, la conciencia intuitiva del reptil, trabaje plenamente. Manejar correctamente una guadaña es una meditación: tu cuerpo a tono con la herramienta, la herramienta a tono con la tierra. Te concentras sin pensar, sigues la disposición del terreno con la hoja, sabes lo afilada que está, puedes oír los pájaros, ver cosas moviéndose entre la hierba por delante de ti. Todo está conectado con todo lo demás, y si no es así no funciona. La punta de la hoja se atasca en el suelo, mellas el filo contra una topera que no viste, te da un tirón en la espalda, te cortas el dedo afilando. Poner atención –atención relajada– es la clave para segar bien. Tolstoi, que obviamente escribía desde la experiencia, lo explicaba en *Anna Karenina*:

Cuanto más segaba Levin, más frecuentes eran esos momentos en que se olvidaba de todo. Entonces parecía como si no fueran los brazos los que movían la guadaña, sino ésta la que arrastraba ese cuerpo lleno de vida y consciente de sí mismo; sin pensar siquiera, como por arte de magia, el trabajo se iba realizando como por sí solo, y además con la mayor precisión y exactitud. Eran los momentos de mayor satisfacción.

La gente viene a mis cursos por motivos muy distintos, pero la mayoría quieren aprender a usar la herramienta por cuestiones prácticas. A veces se trata de administradores de reservas naturales o campos de golf. Algunas personas quieren tener bajo control la juncia, las ortigas o las zarzas en sus fincas o jardines, o eliminar la gramilla de sus parcelas. Otras quieren recortar el pasto o los bordes. Este año también voy a dar algunos cursos para personas con enfermedad mental, utilizando las herramientas para ayudarles a involucrarse en un trabajo práctico y relajante.

No obstante, la reacción de la mayoría de la gente cuando les digo que soy profesor de guadaña sigue siendo la misma: incredulidad o risa, o interés cortés, normalmente encubriendo una sensación de que se trata de algo pintoresco y bastante tonto, que apenas tiene cabida en el mundo actual. Después de todo, tenemos bordeadoras y cortadores de césped, que son más ruidosos que las guadañas y tienen botones y gastan electricidad y combustible y por lo tanto deben ser mucho mejores, ¿o no?

Ahora bien, yo diría eso, por supuesto, pero no, no es cierto. Desde luego que si uno tiene un campo de cinco acres y quiere cortar heno o forraje, lo hará mucho más rápido (aunque no necesariamente de manera más eficiente) con una segadora acoplada a un tractor que con una cuadrilla de segadores, que era como se hacía hasta los años cincuenta. Sin embargo, a escala humana, la supremacía de la guadaña es indiscutible.

Por ejemplo, entre las personas a las que enseñé, son cada vez más las que buscan una alternativa a la desbrozadora. Una desbrozadora es básicamente una guadaña mecánica. Es una máquina que pesa mucho, hay que manejarla con ambas manos y quien lo hace tiene que disfrazarse de Darth Vader para ir cortando la hierba con movimientos de vaivén. Ruge como una moto, escupe humo, y su dieta habitual se basa en combustibles fósiles. Va dando hachazos a la hierba en lugar de cortarla limpiamente, como hace el filo de la guadaña. Es más engorrosa, más peligrosa, no tan rápida y mucho menos agradable de usar que la herramienta a la que reemplaza. Y, sin embargo, se la utiliza en todas partes: en los bordes de las carreteras, en parques, incluso, ¡por todos los cielos!, en reservas naturales. Es horrible, torpe, desagradable, ruidosa e ineficaz. Entonces, ¿por qué la usan, y por qué se siguen riendo de la guadaña?

Hacer la pregunta en esos términos es no entender bien lo que pasa. Las desbrozadoras no se utilizan en lugar de las guadañas porque sean mejores; se las utiliza porque su uso está condicionado por nuestras actitudes hacia la tecnología. Su desempeño no es el punto, tampoco su eficiencia. El punto es la teología: la teología de la complejidad. El mito del progreso manifestado en forma de herramienta. El plástico es mejor que la madera. Las partes móviles son mejores que las fijas. Las cosas ruidosas son mejores que las silenciosas. Las complicadas, mejores que las sencillas. Las nuevas, mejores que las viejas. Todos creemos eso, nos guste o no. Es así como nos han educado.

Las imágenes hogareñas y tradicionales de Illich y Schumacher nos retrotraen a lo que nos gustaría creer que fue un tiempo más amable: un tiempo en el que nadie enviaba bombas por correo buscando un mundo mejor. Ese fue el nacimiento de lo que se conocería como el movimiento “verde”. Algunas veces me gusta decir que el movimiento nació el mismo año que yo –1972, el año en el que el Club de Roma encargó el mítico informe *Los límites del crecimiento*– y esto se aproxima lo bastante a la verdad como para convertirse en el punto de partida de un relato.

Si el movimiento “verde” nació a principios de los setenta, entonces los ochenta, cuando había ballenas que salvar y selvas que defender, fueron sus años adolescentes. Su fiesta de mayoría de edad tuvo lugar en 1992, en la ciudad brasileña de Río de Janeiro. La Cumbre de la Tierra fue una verbena de promesas y compromisos: abordar el cambio climático, proteger los bosques, la biodiversidad y promover algo llamado “desarrollo sostenible”, un concepto nuevo que en las siguientes dos décadas se pondría de moda en la política y el comercio internacional. En aquel momento, el

futuro parecía prometedor para los verdes. Suele parecerlo cuando se tienen veinte años.

Al cabo de esas dos décadas las cosas lucen muy distintas. En 2012, los burócratas, los activistas y los ministros se reunieron en Río para realizar un inventario en lo que se denominó Río+20. Estuvo acompañado de las habituales llamadas al optimismo y la esperanza, pero no hubo manera de disfrazar la vacuidad del discurso. Cada uno de los problemas medioambientales identificados en la primera Cumbre de la Tierra ha empeorado, en general muchísimo, a lo largo de estos veinte años, y no hay signos de que esta tendencia vaya a cambiar.

El movimiento verde, que parecía que iba a arrasarlo a comienzos de los noventa, se ha hundido por completo en la crisis de los cuarenta. Incapaces de cambiar de manera significativa el sistema o el comportamiento de la gente, atacados por un número creciente de “escépticos” y el hastío de un público recriminado por el carbono y el consumo, colonizados por una nueva raza de vividores empresariales para quienes la “sostenibilidad” es otra oportunidad comercial más, los verdes se están encontrando con una desagradable realidad: a pesar de todo su trabajo, su pasión, su compromiso y de tener razón en casi todo lo que han dicho, están perdiendo. No es probable que el mundo siga su camino. Hoy en día, en la mayoría de los círculos verdes, más pronto que tarde, la conversación gira sobre la misma pregunta: ¿qué demonios hacemos ahora?

Hay un montón de gente que cree que tiene la respuesta. Uno de ellos es Peter Kareiva, a quien le gustaría creer que él y los de su clase representan el futuro del ecologismo, y que tal vez esté en lo cierto. Kareiva es el director científico de *The Nature Conservancy* (TNC), una de las organizaciones ecologistas más grandes del mundo. Es un científico, un revisionista, y parte del creciente número de ex verdes a quienes sería mejor denominar “neo-ecologistas”.

El parecido entre este grupo fusionado y los “neoliberales” Friedmanitas de principios de los setenta resulta curioso. Como los liberales, los neo-ecologistas tratan de atravesar las líneas de una vieja ortodoxia que está visiblemente agotada y confundida. Como los liberales, son sobre todo estadounidenses y hombres, y enfatizan la medición científica y el análisis económico sobre otras formas de comprobar y medir. Como los liberales, se agrupan en unos pocos *think tanks*: por aquel entonces el Instituto de Asuntos Económicos, el Instituto Cato, el Instituto Adam Smith; hoy en día, el *Breakthrough Institute*, la *Long Now Foundation* y el Consenso de Copenhague. Como los liberales, su número está aumentando en un momento de incertidumbre y colapso global. Y como los liberales, piensan que tienen soluciones radicales.

Las ideas de Kareiva son un buen lugar para empezar a entender a los neo-ecologistas. Él es un ex conservacionista declarado que ahora piensa que la mayor parte de lo que los verdes creen que saben está equivocado. La naturaleza, dice, es más resistente que frágil; lo prueba la ciencia. “Los seres humanos degradan y destruyen y se ensañan con el medioambiente natural”, afirma, “y el 80% de las veces se recupera bastante bien”. La naturaleza en estado salvaje no existe; los seres humanos la han modificado en uno u otro momento. Intentar proteger los grandes ecosistemas funcionales del desarrollo

humano resulta inútil; a los seres humanos les gusta el desarrollo y no se les puede impedir tenerlo. La naturaleza es fuerte y se adaptará: “Hoy, los coyotes deambulan por el centro de Chicago, y los halcones peregrinos asombran a los habitantes de San Francisco cuando descienden por los cañones de rascacielos... A medida que destruimos unos hábitats, creamos otros nuevos”. Ahora que la “ciencia” nos ha mostrado que nada es “prístino” y que la naturaleza “se adapta”, no hay motivo para preocuparse de muchos de los objetivos tradicionales de los verdes como, por ejemplo, proteger la selva. “¿Es factible parar la deforestación en el Amazonas?”, se pregunta Kareiva. “¿Es siquiera necesario?” No sé por qué pero uno ya sabe cuál va a ser la respuesta antes de que te la ofrezca.

Si esto suena al tipo de ocurrencia con la que puede salir un político de derechas, es porque lo es. Pero Kareiva no está solo. Variaciones de este discurso han sido impulsadas por el pensador estadounidense Stewart Brand, el escritor británico Mark Lynas, el anti-verde danés por excelencia Bjørn Lomborg y los escritores estadounidenses Emma Marris, Ted Nordhaus y Michael Schellenberger.

Más allá del campo de la conservación, a los neo-ecologistas se les distingue por su actitud hacia las nuevas tecnologías, a las que en general consideran positivas. La civilización, la naturaleza, y las personas solo pueden “salvarse” abrazando de manera entusiasta la biotecnología, la biología sintética, la energía nuclear, la geoingeniería y cualquier cosa con el prefijo “neo” que tanto molesta a Greenpeace. El tradicional enfoque verde sobre los “límites” es rechazado por considerarlo ingenuo. Ahora, en palabras de Brand, somos “como dioses”, y tenemos que aumentar y aceptar nuestra responsabilidad para administrar racionalmente el planeta, utilizando nueva tecnología basada en el desarrollo científico.

Los neo-ecologistas también tienden a exhibir un entusiasmo desmesurado por los mercados. Les gusta poner precio a cosas como los árboles, los lagos, la neblina, los cocodrilos, las selvas y las líneas divisorias de agua, las cuales pueden ofrecer “servicios de ecosistema”, que pueden ser comprados y vendidos, medidos y sumados. Unido a esto se observa una actitud casi religiosa hacia el método científico. Todo lo que importa puede ser medido por la ciencia y tasado por los mercados, y las reivindicaciones que no lleven un número asociado pueden ser fácilmente desestimadas. Esto se presenta como “pragmatismo” pero se trata de algo muy distinto: un intento de excluir del debate verde cualquier intervención basada en la moral, la emoción, la intuición, la espiritualidad, o simplemente el sentimiento humano.

Algo de esto podría resultar chocante a muchos verdes de la vieja guardia –que es de lo que se trata– pero desde luego no es nuevo. De hecho, es bastante viejo; es simplemente una variante del viejo tecno-optimismo Wellsiano que no ha dejado de prometernos el cuerno de la abundancia durante más de un siglo. Es el trasnochado relato de la Gran Ciencia, la Gran Tecnología y el Gran Dinero a través de las lentes de Internet, y adornado con un discurso farisaico sobre salvar a los pobres y alimentar al mundo.

Pero aunque arden con el jubiloso fervor de los nacidos de nuevo, los neo-ecologistas no van del todo desencaminados. De hecho, tienen razón a medias. Llevan razón al decir que los planteamientos convivenciales a escala humana de aquellos pensadores de los setenta no van a funcionar jamás si el mundo continúa formulándose a sí mismo de acuerdo a las exigencias del industrialismo capitalista tardío. Llevan razón al decir que un mundo de 9 mil millones de personas, todas tratando de alcanzar el status de consumidor de clase media, no puede sustentarse en estrategias locales. Llevan razón al decir que el impacto humano sobre el planeta es enorme e irreversible. Llevan razón al decir que los esfuerzos conservacionistas tradicionales a veces idealizan una naturaleza preindustrial. Llevan razón al decir que las campañas de las ONGs verdes a menudo exageran y enmascaran la realidad. Y llevan razón al decir que los verdes se han topado con una pared y que seguir dándose cabezazos contra ella no va a echarla abajo.

Lo que resulta interesante, sin embargo, es lo que intentan construir sobre esta base. La primera señal de que esto no es, como declaran, simple “ecopragsmatismo” sino algo bastante diferente, aparece cuando se leen párrafos como este:

Durante décadas la gente ha aceptado incondicionalmente la idea de que nuestro objetivo es preservar la naturaleza en su estado prístino anterior al hombre. Pero muchos científicos se han dado cuenta de que se trata de un sueño anticuado que frustra nuevos planes para salvar el medioambiente y nos impide mantener una relación más completa con la naturaleza.

Esto es lo que reza la publicidad en la tapa del libro de Emma Marris titulado *Rambunctious Garden: Saving Nature in a Post-Wild World* [Jardín bullicioso: salvar la naturaleza en un mundo post-salvaje], aunque muy bien podría extraerse de cualquier otra parte del catálogo neo-ecologista. ¿Pero quienes son esas “muchas personas” que han “aceptado incondicionalmente” este argumento? He conocido a muchos conservacionistas y ecologistas pero no creo haberme encontrado con ninguno que pensara que había algo así como una naturaleza “prístina anterior al hombre”. Lo que creían era que todavía quedaban ecosistemas funcionales a gran escala por los que valía la pena levantarse cada mañana para impedir su destrucción.

Para entender porqué, consideremos el caso de la Amazonía. ¿Qué es lo que valoramos de la selva amazónica? ¿La queremos proteger porque pensamos que es “prístina” y “anterior al hombre”? Por supuesto que no, ya que está habitada por numerosas comunidades recolectoras, algunas de las cuales llevan allí miles de años. La importancia de la Amazonía no radica en que se mantiene “intacta”; sino en que sigue siendo salvaje en el sentido de tenaz [*self-willed*]. Los seres humanos viven en y de ella, pero ni la crean ni la controlan. Rebosa de una enorme, cambiante y compleja diversidad tanto humana como no humana, y ninguna especie domina el conjunto. Es un ecosistema funcional complejo, además de un sistema cultural humano, ya que en cualquier clase de mundo que valga la pena los dos están conectados.

Esto es lo que el pensamiento verde inteligente ha defendido siempre: la existencia de cierto grado de armonía entre la naturaleza humana y no humana, en un mundo moderno cambiante y comprometido en el que algunos principios, no obstante,

deberían ser irrenunciables. La “naturaleza” es un recurso para los seres humanos, y siempre lo ha sido; tenemos que alimentarnos, resguardarnos, cazar, vivir de su generosidad como el resto de criaturas. Pero esto no nos impide comprender que más allá de eso también tiene un valor funcional, cultural, afectivo e incluso espiritual, que es igualmente necesario para nuestro bienestar.

Los neo-ecologistas, obviamente, no tienen tiempo para estas menudencias. Recurren a argumentos falaces para promover o justificar su posición. Aquí tenemos a Kareiva ofreciéndonos el plano más caro en la revista *Breakthrough Journal* junto a los autores Michelle Marvier y Robert Lalasz:

En lugar de perseguir la protección de la biodiversidad por el bien de la biodiversidad, una nueva conservación debería tratar de mejorar aquellos sistemas naturales que beneficien al mayor número de personas... La conservación medirá su éxito en buena parte por su relevancia para las personas.

Está clarísimo: lo salvaje ha muerto y lo que queda de la naturaleza es para las personas. Podemos hacer lo que queramos y debemos hacerlo. ¡Lo dice la ciencia! Se ha cerrado el círculo, los verdes han sido enterrados por sus propios hijos y bajo la tierra, junto a ellos, yace su ingenua, romántica y anticientífica creencia de que la vida no humana tiene algún valor más allá de lo que los actuales seres humanos podemos aprovechar.

“La naturaleza salvaje solo puede ser salvada permanentemente”, advierte Ted Kaczynski, “mediante la eliminación del sistema tecno-industrial”. Empiezo a creer que los neo-ecologistas pueden dejar un legado deliciosamente irónico: dar la razón al Unabomber.

En su libro *A Short History of Progress* [Breve historia del progreso], Ronald Wright acuña el término “la trampa del progreso” [*progress trap*]. Una trampa del progreso, aclara Wright, es una mejora social o tecnológica a corto plazo que en el largo termina siendo un paso atrás. Cuando se advierte esto –si es que llega a advertirse– es demasiado tarde para cambiar de rumbo.

El ejemplo más antiguo que pone es el progreso de las técnicas de caza en el Paleolítico Superior, hace unos 15.000 años. Wright sigue la pista de la desaparición de la vida salvaje a gran escala cada vez que los seres humanos de la prehistoria llegaban a un nuevo continente. Tal y como él lo explica: “Algunos de sus lugares de sacrificio eran casi de tamaño industrial: 1.000 mamuts en uno de ellos; más de 100.000 caballos en otro”. Pero había un inconveniente:

La perfección de la caza implicó el fin de la misma como medio de vida. Carne fácil significó más hijos. Más hijos significó más cazadores. Más cazadores, más pronto que tarde, significó menos caza. La mayoría de las grandes migraciones humanas a través del mundo en aquel entonces se debieron a la necesidad, a medida que arruinamos la tierra con nuestros festines itinerantes.

Esta es la trampa del progreso. Cada avance en nuestro conocimiento o en nuestra tecnología creará nuevos problemas, que requerirán nuevos progresos. Cada uno de esos progresos tiende a hacer la sociedad más grande, más compleja, más alejada de la escala humana, más destructiva de la vida no humana y más proclive a colapsar bajo su propio peso.

Spencer Wells se apunta a ese relato en su libro *Pandora's Seed* [La semilla de Pandora], una historia revisionista del desarrollo de la agricultura. Lo que a todos nos contaron en el colegio –o al menos lo que me contaron a mí– es que los seres humanos “desarrollaron” o “inventaron” la agricultura porque fueron lo suficientemente listos para darse cuenta de que ésa sería la base de una forma de vida mejor que cazar y recolectar. Es la misma actitud que nos lleva a asumir que una desbrozadora es mejor para cortar la hierba que una guadaña, y parece igual de errada. Como manifiesta Wells, el análisis de los restos óseos de seres humanos que vivieron antes y después de la transición a la agricultura durante el Paleolítico demuestra algo notable: un colapso total de la calidad de vida cuando se adoptó la agricultura.

Los cazadores-recolectores del Paleolítico, entre 30.000 y 9.000 años a.C., eran de media más altos –y por consiguiente, tenían mejor salud– que cualquier otro pueblo posterior, incluyendo los habitantes de Estados Unidos a finales del siglo pasado. Su esperanza de vida media era superior que en cualquier otro periodo de los siguientes seis mil años, y su salud, de acuerdo con las medidas de la entrada a la cavidad pélvica, parece haber sido de nuevo mejor que en las etapas ulteriores, incluyendo el presente. Este colapso del bienestar de los individuos probablemente se debiera al hecho de que la vida agrícola sedentaria es más dura físicamente y más propensa a las enfermedades que la vida de una comunidad cazadora-recolectora que está siempre desplazándose.

Demasiado para el progreso. Pero ¿por qué en ese caso, pregunta Wells, una comunidad cambiaría la caza y la recolección por la agricultura? La respuesta parece ser: no porque quisieran, sino porque tenían que hacerlo. Habían provocado el fin de su estilo de vida como cazadores-recolectores al ser cada vez mejores en ambas actividades. Habían acabado con la mayoría de sus presas y su número había superado el límite de su propia supervivencia. Habían caído en una trampa del progreso.

Desde entonces hemos estado cayendo en ellas. Si echamos un vistazo a las propuestas de los neo-ecologistas bajo esta luz, podemos entenderlas como una serie de intentos para sacarnos de las trampas del progreso en las que sus predecesores nos hicieron caer. Los cultivos genéticamente modificados, por ejemplo, nos los venden como un medio para “alimentar al mundo”. Pero ¿por qué hay hambre en el mundo? En parte debido a la oleada anterior de mejoras agrícolas, la llamada Revolución Verde, que entre los años cuarenta y setenta del pasado siglo promovió una nueva forma de agricultura que dependía de altos niveles de pesticidas y herbicidas, tecnologías agrícolas modernas y cultivos de alto rendimiento. Los progresistas pregonan la Revolución Verde como la que supuestamente “logró alimentar a mil millones de personas”, que de otro modo hubieran muerto de hambre. Y tal vez lo hizo; pero entonces teníamos que seguir alimentándolas –¿o debería decir alimentándonos?– y a

nuestros hijos. Entretanto se había descubierto que los pesticidas y herbicidas estaban acabando con vastas franjas de vida silvestre, y que los monocultivos de alto rendimiento estaban dañando la salud del suelo y la diversidad de los cultivos, que en los siglos anteriores habían ayudado a prevenir el avance de las enfermedades y reducido la probabilidad de una mala cosecha generalizada.

Es en este contexto en el que ahora tenemos que escuchar los sermones de los neo-ecologistas y de otros, insistiendo en que los cultivos genéticamente modificados son una obligación moral si queremos alimentar al mundo y salvar el planeta: exactamente los mismos argumentos esgrimidos la última vez. Los cultivos genéticamente modificados son un intento de solucionar los problemas causados por la anterior trampa del progreso; y también son la siguiente. Apostaría dinero a que dentro de cuarenta años los sucesores de los neo-ecologistas utilizarán el mismo razonamiento sobre la necesidad de una nueva oleada tecnológica capaz de sacarnos de la trampa en la que tan hábilmente nos han hecho caer los cultivos genéticamente modificados. Quizá se trate de carne producida en laboratorio, o de trigo sintético, o algún tipo de nano-bio-cacharro que aún está por inventar. Sea como fuere, será vital para el crecimiento y el progreso, y una necesidad moral. Como habría dicho Kurt Vonnegut: “así es la vida”.

“Idealizar el pasado” es una acusación común, hecha sobre todo por gente que piensa que es más maduro idealizar el futuro. Pero no hace falta convencerse a uno mismo de que los cazadores-recolectores del Paleolítico vivían en el paraíso para darse cuenta de que el progreso es una rueda dentada, que con cada nueva vuelta nos atrapa en el engranaje de una máquina que tuvimos que inventar para solucionar los problemas ocasionados por el progreso. Es demasiado tarde para pensar en dismantelar esta máquina de modo racional y, en cualquier caso, ¿quién quiere hacerlo? No podemos negar que nos reporta beneficios, incluso aunque nos vaya asfixiando de manera gradual a nosotros y al mundo. Esos beneficios son los que nos mantienen callados y resignados a medida que la máquina avanza, en palabras del poeta R. S. Thomas, “sobre los credos y las obras maestras”:

*The machine appeared
In the distance, singing to itself
Of money. Its song was the web
They were caught in, men and women
Together. The villages were as flies
To be sucked empty.
God secreted
A tear. Enough, enough,
He commanded, but the machine
Looked at him and went on singing.⁴*

⁴ La máquina apareció / A lo lejos, cantando para sí misma / De dinero. Su canción fue la telaraña / En la que quedaron atrapados, hombres y mujeres / Juntos. Los pueblos eran como moscas / A las que chupar. / Dios secretó / Una lágrima. Ya es suficiente, ya es suficiente, / Ordenó, pero la máquina / Lo miró y siguió cantando. (N. d. T.)

En unos pocos años, el viejo movimiento verde con el que yo crecí probablemente se hará pedazos. Muchos de esos pedazos serán recogidos y acumulados por las cada vez más numerosas filas de neo-ecologistas. En los últimos años, la corriente principal del movimiento verde se ha colocado en una posición de vulnerabilidad ante los avances de estos, al centrarse de manera obsesiva en el carbono y las tecnologías energéticas y al negarse a reivindicar un compromiso subjetivo, local y no-técnico con la naturaleza. Los neo-ecologistas tienen una gran ventaja sobre los viejos verdes y sus advertencias sobre los límites al crecimiento, el cambio de comportamiento, y demás propuestas a contracorriente: están diciéndole a esta sociedad lo que ésta quiere oír. Lo que quiere oír es que se puede escapar de la trampa del progreso en la que ha caído nuestra civilización inflando una burbuja tecnológica verde sobre la que vamos a poder navegar alegremente hacia el futuro, felices como dioses y, como ellos, dominándolo todo.

A corto plazo, el futuro pertenece a los neo-ecologistas, y va a resultar doloroso comprobarlo. A largo plazo, sin embargo, mi hipótesis es que fracasarán, por dos razones. En primer lugar, las burbujas siempre estallan. Nuestra civilización está empezando a desmoronarse. Estamos ante un colapso social y económico en ciernes, que puede tardar décadas o más en desarrollarse, y que tiene de fondo el ecocidio del planeta, que nadie sabe cómo evitar. No somos dioses, y nuestras máquinas no nos sacarán de este apuro, por muy inteligentes que sean y por mucho que a nosotros nos gustaría creerlo.

Pero hay otra razón por la que no es probable que la nueva casta de ecologistas consiga construir el mundo que desea: no somos ante todo –ni siquiera ellos– seres “científicos”, racionales y lógicos. Nuestra relación con el resto de la naturaleza no se asemeja al análisis de bacterias en una placa de Petri; se parece más a la compleja relación de amor-odio que podríamos tener con amantes, padres o hermanos. Es quienes somos, callados e intuitivos, frustrantes e inspiradores, vitales e imposibles de evaluar en un proceso de revisión por pares. Algo se puede entender con la mente analítica, pero el resto permanecerá enterrado bajo la maleza de la evolución humana y en las profundidades de nuestro viejo cerebro de simio, que ve en imágenes y piensa en historias. La civilización siempre ha sido un proyecto de dominio, pero no se puede ganar la guerra contra la parte salvaje de uno mismo.

¿Es posible leer las palabras de alguien como Theodore Kaczynski y dejarse convencer por sus argumentos, incluso si se rechaza lo que hizo con ese conocimiento? ¿Es posible analizar la evolución cultural humana como una serie de trampas del progreso, en la última de las cuales estamos prisioneros como una mosca en la drosera, sin modo de escapar? ¿Es posible observar con horror el proceso de destrucción de la naturaleza por parte de los seres humanos, estar decidido a hacer lo que sea para detenerlo y al mismo tiempo saber que, independientemente de lo que hagamos, hay cosas que no podemos impedir? ¿Es posible ver el futuro cada vez más oscuro, rechazar las falsas esperanzas y el pseudo-optimismo y no caer en la desesperación?

Va a tener que serlo porque es donde estoy parado ahora mismo. Pero, ¿adónde voy a continuación? ¿Qué hago? Entre Kaczynski y Kareiva, ¿sobre qué puedo apoyarme, que aguante mi peso?

No estoy seguro de saber la respuesta. Pero sé que no hay vuelta atrás a nada. Y sé que en este momento no nos encaminamos hacia las herramientas convivenciales. No nos dirigimos hacia el desarrollo a escala humana. Esta cultura va de grandes superficies, no de tiendas pequeñas; de biología sintética, no de comunidad intencional; de desbrozadoras, no de guadañas. Esta es una cultura que primero desarrolla nuevas formas de vida y después pregunta; una especie que está, en palabras del poeta Robinson Jeffers, en el proceso de “break[ing] its legs on its own cleverness”⁵.

¿Cómo va a ser el futuro cercano? Yo apostaría por una extraña y poco sofisticada combinación del colapso en curso, que seguirá fragmentando tanto la naturaleza como la cultura, y una nueva oleada de “soluciones” tecno-verdes, que verán la luz en un intento fallido de evitarlo. Ahora mismo no creo que haya nada que pueda romper este ciclo, con la excepción de alguna clase de reajuste: del tipo que hemos visto muchas veces a lo largo de la historia humana. Alguna forma de retroceso a un nivel inferior de complejidad de la civilización. Algo así como la tormenta que se está formando en este momento a nuestro alrededor.

¿Dónde te deja saber que todo esto no te gusta pero que no puedes impedirlo? La respuesta es que te sitúa ante la obligación de ser honesto sobre el lugar que ocupas en el ciclo de la historia, y lo que está en tu mano hacer y lo que no. Si piensas que puedes sacarnos de la trampa del progreso con nuevas ideas o nuevas tecnologías estás perdiendo el tiempo. Si piensas que la conducta habitual de “convencimiento” va a funcionar hoy donde no funcionó ayer, estás perdiendo el tiempo. Si piensas que la máquina puede ser reformada, domesticada o dominada, estás perdiendo el tiempo. Si se te ocurre un gran plan para un mundo mejor basado en la ciencia y el argumento racional, estás perdiendo el tiempo. Si tratas de vivir en el pasado, estás perdiendo el tiempo. Si idealizas cazar y recolectar o envías bombas a los dueños de tiendas informáticas, estás perdiendo el tiempo.

Por eso me pregunto: en este momento de la historia, ¿qué no sería una pérdida de tiempo? Y llego a cinco posibles respuestas:

Una: Retirarse. Si haces esto, mucha gente te llamará “derrotista” o “fatalista”, o asegurará que estás “quemado”. Te dirán que tienes la obligación de trabajar por la justicia climática o la paz mundial o el fin de todo lo que está mal, y que “luchar” es siempre mejor que “renunciar”. Ignóralos, y participa de una tradición muy antigua y práctica: abandonar la pelea. Retírate, no de manera cínica, sino con sentido crítico. Retírate para poder sentarte en silencio y sentir, intuir, entender qué es lo correcto para ti y qué es lo que la naturaleza podría necesitar de ti. Retírate porque negarse a seguir contribuyendo al avance de la máquina —a dar otra vuelta de tuerca— es una posición profundamente moral. Retírate porque la acción no es siempre más efectiva

⁵ Romperse las piernas por su propia inteligencia. (N. d. T.)

que la inacción. Retírate para examinar tu visión del mundo: la cosmología, el paradigma, las suposiciones, el sentido de la marcha. Todo cambio verdadero empieza con una retirada.

Dos: Preservar la vida no humana. Los revisionistas continuarán diciéndonos que ya no queda nada en estado salvaje, que la naturaleza es para las personas y que el progreso es Dios, y seguirán estando equivocados. Todavía queda bastante diversidad natural pero puede desaparecer en poco tiempo. El imperio humano es la mayor amenaza a lo que queda de vida sobre la tierra, y tú eres parte de él. ¿Qué puedes hacer –hacer realmente, a nivel práctico– al respecto? A lo mejor puedes comprar un pedazo de tierra y devolverla a su estado silvestre; a lo mejor puedes dejar crecer tu jardín a su antojo; a lo mejor puedes trabajar para un grupo de conservación o establecer uno tú mismo; a lo mejor puedes poner tu cuerpo delante de una excavadora; a lo mejor puedes emplear tus habilidades para evitar la destrucción de otro lugar en estado natural. ¿Cómo puedes crear o proteger un espacio para que la naturaleza no humana respire mejor?; ¿cómo puedes dar a algo que no seamos *nosotros* la oportunidad de sobrevivir a nuestros apetitos?

Tres: Ensuciarse las manos. Préndete en algo: algún trabajo práctico, algún lugar, alguna manera de hacer. Agarra tu guadaña o cualquier cosa parecida que tengas, sal fuera y realiza un trabajo físico al aire libre rodeado de cosas que no puedes controlar. Olvídate de tu ordenador portátil y deshazte de tu teléfono inteligente si tienes uno. Afíanzate en las cosas y los lugares, aprende o practica habilidades convivenciales a escala humana. Solo haciéndolo, más que hablando de ello, es como se aprende a distinguir lo real de lo que no lo es, y lo que tiene sentido de lo que es pura cháchara.

Cuatro: Insistir en que la naturaleza tiene un valor más allá de su utilidad. Y decírselo a todo el mundo. Recuerda que eres una forma de vida entre muchas y piensa que todo tiene un valor intrínseco. Si quieres llamar a esto “ecocentrismo” o “ecología profunda”, adelante. Si quieres denominarlo de otra manera, pues muy bien. Si quieres volverte hacia las sociedades tribales en busca de inspiración, hazlo. Si eso te resulta demasiado empalagoso, levanta la vista hacia el cielo. Siéntate sobre la hierba, acaricia el tronco de un árbol, date un paseo por la montaña, cava el huerto, echa un vistazo a lo que hay en el suelo, maravíllate con todo lo que cabe en eso que llamamos *vida*. Valóralo por lo que es, trata de comprender lo que es, y siente nada más que lástima o desprecio hacia quienes te digan que su único valor estriba en lo que pueden obtener de ello.

Cinco: Construir refugios. Las próximas décadas probablemente cuestionarán la mayor parte de lo que pensamos sobre el progreso, y sobre lo que somos en relación al resto de la naturaleza. Las tecnologías avanzadas desafiarán nuestro sentido de lo que significa ser humano al tiempo que continuará la marea de extinción. El actual colapso de las infraestructuras sociales y económicas y del entramado de la vida misma pondrá fin a mucho de lo que valoramos. En ese contexto, pregúntate: ¿qué poder tienes para conservar lo valioso – criaturas, destrezas, cosas, lugares? ¿Puedes trabajar, con otros o en solitario, para crear lugares o redes que sirvan como refugio ante la tormenta que se está desatando? ¿Puedes pensar, o actuar, como el bibliotecario de un monasterio

en la Alta Edad Media, protegiendo los libros antiguos mientras los imperios se levantaban y se hundían más allá de sus muros?

A estas alturas, resulta evidente que en los cinco últimos párrafos he estado interpeándome a mí mismo. Estas son las cosas que ahora mismo tienen sentido para mí al pensar en lo que se viene y en lo que yo puedo hacer, todavía con cierto placer y determinación. Si no sientes desesperación en momentos como este, es que no estás vivo del todo. Pero también tiene que haber algo más allá de la desesperación; mejor dicho, algo que la acompañe, como un compañero de camino. Este es mi planteamiento actual. Supongo que es el desarrollo de una filosofía personal para un periodo oscuro: una ecología oscura. Nada de esto va a salvar el mundo: no se trata de salvar el mundo, y quienes dicen que sí es de quienes tienes que salvarlo.

De momento ya he escrito bastante. Me zumba la cabeza. Voy a coger mi guadaña nueva, cuidadosamente hecha para mí a partir de madera de arce sacarino, un hermoso objeto en sí mismo, al que puedo quedarme mirando durante horas. Voy a agarrarla y a salir a buscar alguna hierba que segar.

Voy a cortar grandes franjas de hierba, el filo brillando a través de la vegetación, dejando elegantes hileras onduladas detrás de mí. Voy a avanzar siguiendo el terreno, vaciando mi cabeza, manejando la tierra no como un dios sino como un arrendatario. Voy a respirar el todavía aire puro y a escuchar los pájaros que aún cantan y a reflexionar sobre el hecho de que la tierra es más vieja y más dura que la máquina que la está devorando –que es, de hecho, más resiliente que frágil– y que el cambio, cuando llega, lo hace rápidamente, y que el conocimiento no es lo mismo que la sabiduría.

Una guadaña es una herramienta antigua, pero ha cambiado a lo largo de sus miles de años de existencia, ha cambiado y se ha adaptado lo mismo que lo han hecho los seres humanos que la empuñan y la hierba que siega. Como un microchip o una máquina de combustión, se trata de una tecnología que nos ha permitido manipular y controlar nuestro medioambiente, y acelerar el ritmo de esa manipulación y ese control. Una guadaña es también una trampa del progreso. Pero es lo suficientemente limitada en su velocidad y su utilidad como para permitir que ese control sea ejercido de manera que resulte comprensible para los seres humanos y que se les pueda responsabilizar de él. Es una solución intermedia que podemos manejar, tanto como somos capaces de manejar cualquier otra cosa; una etapa del viaje que todavía podemos entender.

Siempre hay cambios, como les encanta decir a los neo-ecologistas; pero esos cambios tienen diferentes cualidades. Hay cambios a escala humana y cambios a escala industrial; hay cambios provocados por las necesidades de los sistemas complejos y cambios provocados por las personas. Hay un ritmo evolutivo razonable y existe una carrera caótica y frenética hacia cosas brillantes situadas al borde de un desfiladero, lanzando destellos y moviéndose como sirenas al caer la tarde.

Al terminar de segar un campo de heno, tienes que darte la vuelta y contemplar tu trabajo con admiración. Si lo has hecho bien, deberías ver un campo dibujado con largas hileras onduladas de hierba amontonada, y claras franjas segadas entre ellas. Es una vista hermosa, que habría resultado familiar a cualquier habitante medieval de este viejísimo continente. Si estuvieras levantado al amanecer, segando con rocío –el mejor momento, y el tradicional para cortar el heno– tendrías que dejar que se seque al sol, y a medida que avanzara el día, darle la vuelta con una horquilla. Dejarlo secar del otro lado y regresar para extenderlo uniformemente por todo el campo. Secarlo durante unas pocas horas o unos pocos días, dependiendo de la climatología, y entonces voltearlo de nuevo. Esperar todo lo necesario hasta que se seque al sol.

Después, si ha aguantado sin llover, ya puedes recoger el heno.